



Recordando a José Luis Piñeyro

Supe por primera vez de José Luis Piñeyro, sin conocerlo o tratarlo antes, en el otoño de 1965, yo recién incorporado al emblemático edificio del Colegio Civil de la UANL. Y eso fue debido a su participación en una acción de protesta que él y unos cuantos estudiantes de la Prepa Uno, tal vez del segundo año, organizaron una mañana tempranera al tomar sus instalaciones por alguna razón que no recuerdo, pero que en ese momento estoy seguro que no entendí. Lo divisé desde lejos subido a una de las azoteas de ese edificio. Apenas lo vi a él con una camisa de cuadritos verdes y un corte de pelo pre 68, medio rubio o castaño claro. A su lado estaban otros dos chavos y unas botellas que parecían ser bombas molotov. Para el mediodía se dio un arreglo rápido entre los rebeldes y las autoridades y así se volvió ese día a la normalidad preparatoriana. Luego lo reconocí de lejos en los pasillos del Colegio Civil sin que hayamos cruzado palabra o saludo.

Él escogió, igual que yo, la carrera de Economía en la misma UANL y allí lo volví a ver y ahora sí a tratar un poco, muy poco, en 1967, pues se movía políticamente en las filas de la derecha universitaria de esos años y de esa ciudad. De esa época también recuerdo que formaba parte del equipo de básquetbol de la Facultad de Economía, donde estaban otros compañeros que con los años llegué a tratar muy de cerca y a tener con ellos amistad e intereses comunes: Emilio Caballero y César Morton. También, igual que yo dos años después, él salió de esa facultad en 1968 por razones que desconozco y luego después me enteré de que había partido al DF para entrar a El Colegio de México a la carrera de relaciones internacionales. Ni la menor idea tenía yo de la existencia de esa institución y mucho menos de esta carrera universitaria, quizá única en el país en esos años.

En el primer trimestre de 1970 ya andaba yo pululando solitario por la Cd. de México, después de haber sido expulsado por mal desempeño académico en la Facultad de Economía de la UANL, fruto amargo de mis confusiones juveniles y de mi participación intensa en la lucha de 1969 por la autonomía universitaria. Por si fuera poco eso, mi madre me leyó la cartilla y salí aturdido y avergonzado al exilio rumbo al DF en busca de nuevos horizontes, que realmente encontré y muy estimulantes, por fortuna, para ese joven extraviado que era yo en esos momentos.

Al año y medio de haber llegado a mi nueva ciudad y sin abandonar Economía en CU de la UNAM, entré en agosto de 1971 a estudiar también en El Colegio de México, justo en la misma carrera que José Luis estaba a punto de terminar. Y como me colé por molón y presuntuoso en una materia del último año que él llevaba (América Latina, con la Maestra Rosario Green), siendo yo del primer año, un novatito, pues, allí sí ya comenzamos a frecuentarnos un poco más, teniendo en cuenta los dos antecedentes culturales semejantes: por nortefños, gustosos de la carne asada al carbón y de la cerveza bien fría.

En mi experiencia efímera de solo un semestre en esa reputada institución pude conocer a un montón de cuates y cuatas, unos muy divertidos e inteligentes y otros muy aburridos y no muy recomendables. Pero había de todo en esa atmósfera académica pos 68 y teniendo muy fresca la experiencia represiva del 10 de junio de 1971, resolví en diciembre de ese mismo año que, en general, eso no era lo que yo andaba buscando y regresé como estudiante de tiempo completo a la UNAM. De mi generación del Colmex recuerdo con especial satisfacción a mi entrañable amigo Pedro Castro, por supuesto, a Marcela Serrato, a Sergio Aguayo, a Santiago Quintana, a Lorenzo Vignal y a Juan Manuel Martínez Nava. De la generación de José Luis tengo muy presentes, por muchas y variadas razones, a Soledad Loaeza, a Carlos Rico, a Raúl Pérez Barbosa, a Humberto Garza y a Oscar Vargas. Además de que el ambiente de allí no me vino bien, la beca no me alcanzaba para cubrir lo básico y en esas circunstancias espinosas renuncié a seguir la carrera de relaciones internacionales para concentrarme en terminar la de Economía en la UNAM. Para mi fortuna, encontré trabajo de asistente de investigación de Luis Unikel y de Gustavo Garza desde 1972 en el mismo Colmex. Esa experiencia extraordinaria fue definitiva para que yo terminara finalmente escogiendo la academia como forma de vida.

Ya en esa fase de la vida de José Luis su postura política e ideológica había cambiado mucho. Era un joven culto de izquierda, muy ortodoxo desde mi punto de vista, pero aún así con una enorme disposición a la discusión, al debate. Creo que el Colmex lo cambió para bien, pues recibió un entrenamiento académico duro, exigente, el que es necesario para salir adelante en algún buen posgrado, como en efecto sucedió después.

Ya en el plano personal de esos años de José Luis, destaco el comfortable departamento donde vivía con Antonio Carter (que era regio y también tráfuga de Economía de la UANL como yo) se convirtió en un lugar de reuniones cosmopolitas y muy concurridas. El lugar era como una nuececita, pero en un barrio atractivo, de medio lujo, justo a una cuadra de Reforma y más o menos cerca del Colmex, que estaba entonces en la calle de Guanajuato de la Colonia Roma. Como Carter tendía inexorablemente a abusar de todos los que lo rodeaban y este espeso personaje era mi compañero de estudios en la UNAM, pues era complicado tender puentes con José Luis por medio de él. Esto me excluyó, lo confieso, de las muchas pachangas en las que me hubiera gustado estar con José Luis y sus invitadas, sobre todo.

Meses después de haber terminado la carrera en el Colmex, José Luis creo que conoció a Kathy Nelson, su primera esposa, la madre de Charly y de Alma. Recuerdo su estilo fresco, muy gringo y de carácter abierto, solidario y alegre, que permitió que él se convirtiera, creo, en un hombre joven muy seguro de sí mismo, feliz y con fines de vida muy claros. Hacían ellos un pareja especial y querible. En alguna ocasión, cuando supuestamente me iba a ir a la Universidad de Stanford, en 1982, ella me tradujo mi CV en un dos por tres. La muerte se la llevó muy pronto. Siempre la recordaré con afecto y gratitud.

Algo memorable y simpático pasó en la noche del día de su graduación de licenciatura en el Colmex, que hace poco me recordó festiva Elena, mi esposa. Llegando al departamento por donde vivía con Kathy, ella y yo fuimos informados que el señor graduado, al que festejaríamos esa tarde, estaba plenamente dormido, que había caído como piedra. Después de la tensión vivida antes y durante su examen profesional cayó vencido por el sueño y el cansancio. Pero la fiesta se hizo con muchos amigos, con la comandancia siempre sonriente de Kathy y así nos retiramos ya muy tarde Elena y yo, bien cenados y bien contentos.

La vida nos volvió a reunir, pero ahora en la UAM, institución espléndida que mucho nos dio a los dos en nuestras vidas profesionales y personales. Allí nuestra amiga creció y la disfruté mucho más. Compartimos, además de una “nortefñitis” aguda, visiones y valores de la política, la cultura y la academia. No siempre coincidimos en todo, pero hubo respeto y sobre todo confianza mutua.

Debo recordar en esta remembranza al vuelo que por él llegué a ser conferencista dos o tres veces en el Colegio de la Defensa Nacional y un poco después profesor invitado en un diplomado que él armó sobre temas de seguridad nacional. Esas experiencias académicas me enriquecieron. Guardo un recuerdo agradecido de esos gestos de amistad y confianza de él hacia mi.

Nuevos y mayores lazos de amistad entre nosotros se dieron cuando apareció en su vida Gaby, su segunda pareja. Ya fueron tiempos totalmente “uameros”. Otra vez pudimos Elena y yo disfrutar su hospitalidad acogedora y generosa. Creo que fue en un cumpleaños de él o de Gaby, no lo recuerdo bien, cuando ellos hicieron tremendo fiestón en su casa de Xochimilco. Allí vimos y saludamos a los amigos comunes que el tiempo reposado y muchas cosas más hacen posible juntar y disfrutar. Y algo importante quiero decir de esto con afecto y delicadeza: miro con regocijo a la encantadora Jazmín, que queda como huella bendita del amor vivido por ellos dos.

No pude despedirme de él. Supe meses antes de su partida de su grave situación de salud y de que no quería ser visitado. Ya su temperamento algo esquivo e introvertido en esas circunstancias lamentables lo llevó a un cierto aislamiento, el cual decidí respetar al pie de la letra, muy en contra de mis íntimos deseos de verlo y acompañarlo.

Los hombres buenos como José Luis no se olvidan, no los olvidamos y se meten por siempre en nuestros recuerdos. Que así sea.

Fernando Chávez G.

Profesor-investigador del Departamento de Economía de la UAM-A